

## Editorial

La fragmentación social avanza al mismo ritmo que los discursos y gobiernos conservadores, tanto en nuestra América como en Europa. Así, surgen nuevos padecimientos que se relacionan con la ausencia de lazo social.

La fragmentación atraviesa cuerpos, instituciones y territorios.

La otredad se transforma en algo ajeno que causa más temor y desazón. Las desigualdades construyen una nueva paradoja en el siglo XXI, operan como fuente de gobernabilidad. El temor a caer en la exclusión social alecciona cuerpos, conductas y actitudes.

El neoliberalismo se jacta de haber construido una forma de subjetividad que pretende hacer de cada uno de nosotros su propio carcelero. En parte lo logra, instalando el temor, la ajenidad y una noción de falsa seguridad. Intenta que entreguemos nuestros derechos a cambio de una tranquilidad artificial en la que los que nos cuidan son quienes ejecutan -de manera ya militarizada- el control de nuestras sociedades. Cualquiera puede caer bajo sus siniestras manos, el alivio de no haber sido uno el que fue sometido, a veces vence a la indignación.

Muchos gobiernos intentan lograr mayor legitimidad reprimiendo, recortando derechos sociales y civiles. Mientras tanto, la riqueza se sigue concentrando en cada vez menos manos y las sociedades visibilizan a esos nuevos y decadentes dioses como si vivieran en un Olimpo al cual se accede desde la televisión, desde los almuerzos por TV, desde los programas de chismes, desde las publicaciones que muestran palacios y nuevos lujos. Así se construye una extraña sensación de pertenecer al círculo íntimo de quien nos tortura, excluye y estigmatiza, consiguiendo que se rechace o se tema a quienes pueden hacerles frente.

La Justicia opera de manera mediática y se transforma en una especie de auxiliar del televisor, ejecutando los mandatos que surgen de éste con mucho cuidado de contradecirlo. Las más penosas desigualdades son gritadas como triunfos por los líderes del mundo al que llaman “libre”, acompañadas por amenazas y aplicación de estrategias de destrucción que se enuncian en nombre de la democracia y la libertad.

¿Cómo construir espacios de certeza en los escenarios actuales?, ¿cómo lograr separar en la construcción de sentido común la relación entre derechos y corrupción?, ¿cómo trabajar el desencanto, la pertenencia y la identidad en contextos que construyen aislamiento y desconexión con los otros?, ¿desde dónde generar estrategias de resistencia y transformación?

Tal vez, la respuesta esté justamente en aquello que hoy se nos muestra como herético y demoníaco: la política, logrando -posiblemente de esa manera- desarticular la siniestra asociación que construyeron en parte de cada uno de nosotros haciéndonos creer, a través de diferentes formas, que lo que tiene posibilidad de liberarnos nos envenena.

Desde las prácticas, la reconstrucción de lazos sociales, el reencuentro con los otros, con lo colectivo, con la historia, se transforma en un acto político que podemos llamar acontecimiento; desde intervenciones que son críticas por definición, pero también implicadas con el contexto y situadas en nuestra realidad americana, teniendo como horizonte la reconstrucción de

subjetividades arrasadas que sean capaces de transitar estos escenarios en la búsqueda del lazo social perdido y esencialmente en la transformación de un mundo que se ha tornado cada vez más tenebroso y excluyente.

Mientras, en Argentina, nos seguimos preguntando por Santiago Maldonado.

**Alfredo Juan Manuel Carballeda**